

zacion á sus tropas y se retiró al cerro de Otoncalpolco, donde hoy está el santuario de nuestra Señora de los Remedios, cuya imágen el Sr. Lorenzana se inclina á creer que es la misma que estuvo colocada en el templo mayor de Méjico, y la tradicion general tiene recibido que fué traída por uno de los soldados que acompañaron á Cortés, quien la dejó oculta en aquel parage, donde despues fué hallada milagrosamente y es hoy objeto del culto universal en esta capital, que la reconoce por su patrona. Desde allí emprendió Cortés una marcha muy penosa por los cerros, huyendo la proximidad de Méjico y procurando acercase á Tlaxcala, guiado por un indio de aquella república, que algunos escritores de la conquista quieren fuese un ángel destinado á conducirlo, y con las mayores privaciones, teniendo por un regalo extraordinario algun caballo que moria y de que devoraban hasta la piel, pasó el pequeño ejército por Cuautitlan, y Jaltocan, y luego á Teotihuacan en los llanos de Apan, lugar famoso por las pirámides que en sus inmediaciones existen consagradas al sol y á la luna. La cercanía, del territorio de Tlaxcala hacia esperar á los españoles el término de sus desgracias; pero al bajar las alturas que circundan el valle de Otumba, se dejó ver un grande ejército, formado por los habitantes de Tezcuco y de todas las inmediaciones, resueltos á cerrar el paso á los españoles. Cortés y los suyos puestos en la necesidad de pelear por salvar su vida, hallaron en la desesperacion las fuerzas que parecian agotadas por tantos trabajos. Su escaso número enmedio de

la multitud innumerable de sus enemigos, aparecia para usar las palabras del P. Sahagun "como nna isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes." Pero sus esfuerzos heróicos hubieran sido en vano sin la presencia de ánimo de Cortés. Los soldados desmayaban oprimidos por el calor y la hambre y la victoria parecia inclinarse en favor del enemigo, cuando Cortés notó enmedio de la muchedumbre contraria un personage que era conducido en andas y llevaba en la mano una bandera, que era una redcilla de oro, y recordando la importancia que los indios daban á la pérdida de su general y de sus estandartes, rompió con algunos ginetes por entre los escuadrones mexicanos, derriba de las andas de un golpe de lanza al personage que habia llamado su atencion, Juan de Salamanca que iba al lado de Cortés, acaba de quitar la vida al caido general, y los indios al ver la bandera en manos de Cortés, se ponen en fuga por todas partes. Los españoles y los tlaxcaltecas, olvidando su fatiga, los persiguen y matan un gran número, resarcido con un rico botin la pérdida que sufrieron en la salida de Méjico. Tal fué la célebre batalla de Otumba, dada el dia 8 de julio de 1520, dia que como dice Cortés "creimos ser el último de los nuestros"; y con esta brillante victoria se terminó la retirada emprendida en aquella noche, que tuvo en aquella época y ha conservado en la historia el nombre de la *noche triste*.

Cortés, contra lo que recelaba, encontró en Tlaxcala el recibimiento mas amistoso, y aquella repúbli-

ca en estos momentos adversos, le dió nuevas pruebas de fidelidad, no obstante las invitaciones de los megicanos para que aprovecharan la oportunidad de destruir de un golpe á los invasores. Cortés herido gravemente en la cabeza en Otumba, y que ya lo estaba de una mano en Méjico, fué atacado de una fiebre que lo puso al borde del sepulcro, experimentando en esta extremidad los mas eficaces cuidados de parte de Magiscatzin, uno de los cuatro señores de Tlaxcala, en cuya casa estaba.

Todo el resto del año lo aprovechó Cortés en reparar la fuerza física y moral de su ejército. Los refuerzos que Velazquez mandaba á Narvaez, y otros que destinaba Garay á su establecimiento de Pánuco vinieron á incorporársele, y ademas llegaron buques con armas y municiones de venta, y tambien las mandó buscar el mismo Cortés á las islas. En diversas expediciones á Tepeaca, Guacachula y otros puntos, vengó la muerte de algunos españoles que habian perecido á manos de aquellos pueblos en su tránsito á Méjico, é hizo que se diera satisfaccion por los agravios que habian inferido á sus amigos los tlaxcaltecas aquellas poblaciones circunvecinas. Pero el grande objeto que le ocupó fué la construccion de un número de bergantines suficiente para dominar las lagunas megicanas. Hizo para esto conducir á Tlaxcala el velámen, jarcia y herrage que habia salvado, cuando dió al traves con su armada y la de Narvaez, y bajo la direccion de Martin Lopez se dió principio á la obra, con la madera en que abundan los bospues inmediatos á Tlax-

cala. Entretanto hacia estos preparativos, habia encontrado un auxiliar muy poderoso en la peste de las viruelas que debastaba la ciudad de Méjico. Una de sus víctimas fué el emperador Cuitlahuatzin, cuyo corto reinado se distinguió por la derrota de los españoles. Los electores del imperio nombraron por sucesor al valiente y desgraciado Cuautemotzin, sobrino de los dos últimos soberanos, jóven de 25 años y casado con una hija de Moctezuma, llamada Tecuichpo, que bautizada despues tuvo por nombre Doña Isabél y por su casamiento con el conquistador Cano, ha sido el origen de la casa de Cano Moctezuma.

Concluidos los preparativos para la nueva y decisiva campaña que iba á abrirse, Cortés pasó en revista el 26 de diciembre sus tropas en Tlaxcala, las cuales ascendian á 550 infantes españoles y 40 de caballería, con nueve cañones de moderado calibre. Los historiadores varian en cuanto al número de auxiliares desde ciento diez á ciento y cincuenta mil hombres, no solo de Tlaxcala, sino tambien de Cholula, Tepeaca y demas ciudades que se habian sometido al imperio español. Para el buen órden en la marcha y operaciones sucesivas, Cortés publicó una ordenanza fecha el 22 del mismo, en que prohibe con severos castigos el juego, el robo y todos los desórdenes frecuentes entre la tropa, en la que estableció una severa disciplina, y el 28 de diciembre despues de celebrada misa con solemnidad, salió el ejército de Tlaxcala, con todo el aparato de la pompa militar en medio

de los aplausos de toda la poblacion, que le deseaba volverle á ver entrar victorioso.

El camino que Cortés tomó en esta vez fué el de Tezmelucan, pasando al norte de los volcanes para salir al valle de Méjico, y por Coatepec se dirigió á Tezcucó donde habia resuelto establecer su cuartel general. Entró en aquella ciudad el último dia del año de 1520, y aprovechando las vicisitudes ocurridas en la familia real, puso sobre el trono al príncipe Ixtlilxochitl, que como vimos en su lugar se habia ofrecido á Cortés en Tlaxcala, y que despues en el bautismo se llamó D. Fernando, cuyo auxilio fué tan eficaz para poner á su patria bajo el dominio español.

Antes de emprender nada contra la capital, y mientras acababan de expeditarse los bergantines que condujo á Tezcucó en piezas Gonzalo de Sandoval con gran número de tlaxcaltecas, Cortés emprendió hacer diversos reconocimientos, y someter todas las poblaciones del valle y de sus inmediaciones, marchando á ellos él mismo, ó mandando á algunos de sus principales capitanes. El primero de estos reconocimientos que por sí mismo dirigió fué á Iztapalapa, en donde tuvo que sostener un recio combate, y se vió en mucho peligro, habiendo roto los megicanos les diques con lo que se anegó la poblacion. El segundo tuvo por objeto el rumbo opuesto, comenzando por Jaltocan á cuyos habitantes queria escarmantar, y por Cuautitlan llegó á Tacuba, de donde volvió á Tezcucó por el mismo camino, y el tercero y mas extenso, que es el que se demarca en el mapa que

acompaña á esta disertacion, se verificó en abril de 1521, emprendiendo la marcha por Chalco, y por Tenango y Huaxtepec llegó á Cuernavaca, combatiendo todos los dias y en especial en la última de estas poblaciones, en la que tuvo que vencer una fuerte resistencia. Bajó de allí otra vez al valle para hacer enteramente el circuito de los lagos y fijar sus puntos de ataque, y en Jochimilco corrió el mayor riesgo á que hasta entónces habia estado expuesto. Habiéndose quedado con pocos soldados á la entrada del pueblo, se vió repentinamente envuelto por un gran número de megicanos, y caido del caballo recibió un fuerte golpe en la cabeza que le puso en manos de los enemigos que lo hubieran muerto sin duda, sino lo hubiera, salvado el empeño de los megicanos en hacer prisioneros para sacrificarlos á los ídolos, empeño á que muchas veces debieron la vida los españoles: un valiente tlaxcalteca viendo á su general en tan gran peligro, se echó con resolucion sobre los que le tenian cogido, lo que dió lugar á que llegasen dos criados de Cortés, con cuyo auxilio volvió á montar á caballo y pudo hacer uso de sus armas, y como al otro dia se buscó con empeño al tlaxcalteca, no habiéndosele encontrado ni vivo ni muerto, Cortés por la devocion que tenía á San Pedro, creyó que este santo habia tomado la forma de aquel, para salvarle milagrosamente. Despues de un nuevo y vigoroso ataque de los megicanos en aquel punto, hizo pegar fuego á la poblacion y llegó á Tacuba, habiendo perdido en el camino dos de sus criados que fueron cogidos y sa-

crificados por los megicanos; pérdida que le causó mucha pena y volvió á su cuartel general donde encontró los bergantines prontos á echarse al agua.

La satisfaccion que esto le causó fué turbada por el descubrimiento de una conspiracion tramada contra su vida y la de los principales gefes por algunos soldados de Narvaez, á cuya cabeza estaba Antonio Villafaña que fue castigado con la pena capital, fingiendo Cortés que ignoraba quienes fuesen los demas comprometidos en la trama para escusar la necesidad de castigarlos, pero desde entonces se estableció con este motivo una guardia que defendiese la persona del general cuyo mando se dió á Antonio de Quiñones.

La importancia de los bergantines era tal que Cortés creyó necesario celebrar con la mayor solemnidad el acto de echarlos al agua. Al efecto el dia 28 de Abril las tropas se pusieron sobre las armas; toda la poblacion de Tezcucó, entonces muy numerosa, ocupaba las riveras del lago y delante de este concurso el P. Olmedo cantó misa y bendijo con las ceremonias de la iglesia aquellos bajeles, que iban á enseñorearse de los lagos megicanos. A una señal de Cortés los bergantines bajan por un canal practicado á este objeto, saludándolos las salvas de artillería, la música militar y el festivo aplauso de toda la concurrencia, y un solemne Te Deum termina esta funcion, única por su objeto en la historia americana. En los dias siguientes comenzaron á llegar las tropas aliadas llamadas por Cortés para dar principio al sitio de la capital. Tlaxcala mandó cincuenta mil guer-

ros á las órdenes de Jicotencatl que entraron en Tezcucó, formados segun el orden de los españoles, que habian aprendido ya á imitar, llevando en sus banderas el Aguila blanca, que eran las armas de su nacion, y aclamando unidos los nombres de "Castilla y Tlaxcala."

Pero ántes de la salida del egército de Tezcucó ocurrió un incidente de la mayor gravedad que podia echar por tierra todos los planes de Cortés. Jicotencatl, el general tlaxcalteca, veia siempre con disgusto el sistema adoptado por el senado de su nacion, y no habiéndose engañado nunca acerca del resultado que debia traer sobre todas las naciones del Anáhuac la guerra en que estaban empeñadas unas contra otras por la política de Cortés, dejó el campo para retirarse á su casa con algun motivo ligero en que no están de acuerdo los autores. Cortés conoció desde luego toda la importancia de esta desercion, é hizo seguir á Jicotencatl por una partida de caballería que le alcanzó en el camino, y vuelto á Tezcucó le hizo ahorcar en la plaza á la vista del egército y aliados, publicando el motivo, de que instruyó tambien al gobierno de Tlaxcala. Tal fué el fin de uno de los guerreros mas célebres de las naciones americanas, que no se fascinó jamas con la falsa política que por medio de la division, arrastraba á su patria al abismo de la servidumbre.

El plan de ataque de Cortés era dirigir contra la ciudad tres cuerpos por las principales calzadas, conservando la comunicacion entre ellos y cortándola al

enemigo con la tierra firme por medio de los bergantines, que eran una especie de lanchas cañoneras de las de nuestro tiempo. El mando del primero de estos cuerpos se dió á Alvarado, quien debia ocupar la calzada de Tacuba, y su fuerza se componia de 168 infantes españoles, 30 caballos y 25.000 tlaxcaltecas. El segundo cuerpo que debia situarse en Cuyoacan, era poco mas ó menos de la misma fuerza que el primero, bajo los órdenes de Cristobal de Olid y el tercero que mandaba Gonzalo de Sandoval, debia ocupar á Iztapalapa, castigando el insulto hecho á Cortés en aquella ciudad, en el primer reconocimiento que hizo en persona. Cortés exhortó á sus tropas, poniéndoles á la vista el servicio que iban á hacer á Dios y á su soberano, porque la idea de que aquella guerra era una cruzada emprendida por la causa del cielo, es la dominante en todas las circunstancias de la conquista. Los soldados respondieron con entusiasmo: "Sírvanse Dios y el Emperador de tan buen capitan y de nosotros, que así lo haremos todos como quien somos, y como se debe esperar de buenos españoles" No podia haber prenda mas cierta de la victoria, que esta confianza del capitan en los soldados y de los soldados en el capitan.

Cortés reservó para sí el mando de los bergantines y el acudir á donde lo exigiese la necesidad. Su primera operacion fué ocupar el punto fuerte de Joloc, ahora la garita de San Antonio Abad, donde se reunian las calzadas de Iztapalapa y Cuyoacan, el que los megicanos habian descuidado guarnecer como lo exigia su importancia y siendo menos útil con esto la

columna de Sandoval en la calzada de Iztapalapa, fué trasladada á Tepeyacac cuya avenida habia quedado descubierta. Quedó pues establecido el ataque de la capital, avanzando contra ella Alvarado por el camino de San Cosme hácia la calle de Tacuba; Olid por la del Rastro y Sandoval por la calzada de Guadalupe contra Santiago. El acueducto de Chapultepec habia sido cortado previamente. Las fuerzas sitiadoras se aumentaron en lo sucesivo con la llegada del rey de Tezcucó D. Fernando, con treinta mil hombres, y los demas auxilios que vinieron de los otros pueblos del valle, de manera que durante el sitio hubo sobre la ciudad cosa de 150.000 hombres. Cortés habia sabido exitar los resentimientos de todos los pueblos vencidos por los megicanos, y no era el ejército español el que sitiaba la capital; era el ódio, la opresion, la sangre de todas las víctimas sacrificadas en las aras de Méjico, todos los agravios de muchos años, los que venian á reclamar una horrible venganza, siendo uno de los espectáculos mas admirables que la historia puede ofrecer, el contemplar á Cortés con un puñado de españoles en medio de estas grandes masas de hombres, armados unos contra otros, para servir los intereses de aquellos.

Los megicanos no habian omitido diligencia para hacerse de auxiliares: procuraron persuadir á los tlaxcaltecas de sus verdaderos intereses: llamaron á su socorro al rey de Michoacan. ¡Todo en vano! Pero abandonados de todos, no se abandonaron por eso así mismos y con la resolucion de los Saguntinos y Nu-

mantinos, determinaron defenderse hasta quedar sepultados bajo las ruinas de su patria.

Las columnas de Cortés salieron de Tezcuco el día 10 de mayo, y desde que ocuparon sus posiciones empezaron á avanzar hácia el centro de la ciudad. Cada día era un combate, y aunque la ventaja quedaba siempre por los españoles, teniendo que volver á sus campamentos por la noche, la actividad de los megicanos reparaba las cortaduras y levantaba nuevos parapetos, con lo que se encontraban los sitiadores en la necesidad de recomenzar cada día la misma obra. Visto esto determinó Cortés establecerse en la ciudad, á medida que en ella avanzase, y para esto destruir los edificios y cegar las acequias con los escombros. Igual plan adoptó en Zaragoza trescientos años despues el mariscal frances Lannes, cuando sitió y tomó aquella ciudad. Los auxiliares de los españoles trabajaban con empeño en esta obra de desolacion, y los megicanos viéndolos desde sus trincheras les gritaban: "tirad, tirad nuestras casas; si nosotros venciéremos tendreis que reedificarlas para nosotros, y si el triunfo fuere de los españoles, las levantareis para ellos." Ni siempre la victoria abandonaba las banderas de los sitiados; alguna vez, por un descuido del tesorero Julian de Alderete el mismo Cortés estuvo en manos de sus enemigos, de que solo le salvó Cristobal de Olea, sacrificando su vida; alguna vez las aras de Huitzilipoztli se enrojecieron con sangre española. Pero la suerte estaba echada y la ruina del imperio megicano decidida en los decre-

tos eternos de la Providencia. Las columnas de ataque se habian ido aproximando hasta reunirse, y no quedaba á los sitiados mas que el corto espacio que hay entre el Cármen y Santa Ana: su miseria era suma, y como en el sitio de Jerusalem por Tito, las madres devoraban á sus hijos por sustentarse con el fruto de sus entrañas. Todo lo habia vencido Cortés, ménos el ánimo indomable de Cuauhtémotzin, á quien puede aplicarse lo que dice Horacio de Caton.

Et cuncta terrarum subacta

Praeter atrocem animum Catonis. [1]

Muchas veces Cortés le instó con la paz, muchas le convidó á una conferencia, pero procurando solo salir de la capital ya que no podia prolongar mas la defensa de esta, aprovechó la cesacion de armas á que dieron lugar estas contestaciones, para intentar la fuga embarcándose en una piragua con su familia. Cortés tenia prevenido el suceso y dadas sus instrucciones á los comandantes de los bergantines: uno de estos, Garcia de Holguin, siguió la canoa en que iba el fugitivo monarca y vino en triunfo á presentarselo á Cortés. "Llegóse á mí, dice este, en su tercera carta á Carlos V y díjome en su lengua; que ya el habia hecho cuanto de su parte era obligado para defenderse á sí y á los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase."

[1] Paréceme que veo.
Domado el orbe entero
Ménos del gran Caton el pechofiero.

Oda primera del libro segundo á
Asinio Polion, traduccion de Burgos.